

ABEL BASTI

LAS FOTOS DE HITLER
DESPUÉS DE LA GUERRA

Prólogo

En el año 2014 publiqué en mi libro *Tras los pasos de Hitler* documentos de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA) que hacían mención a la probable presencia del Führer en Colombia en 1954, esto es nueve años después de su supuesto suicidio en el búnker de Berlín, según la trillada versión oficial de su muerte que se ha repetido como una incuestionable letanía durante casi ochenta años. En esos inéditos informes de inteligencia también se adjuntó la fotocopia de una imagen en la que aparecen dos personas, una de ellas de gran parecido al máximo jefe nazi, con su característico peinado partido en raya —denominado por la moda de época “Hitler Haircut”, imitado en todo el mundo por los fanáticos del Führer— y su peculiar bigotito, rasgos que inmortalizaron la fisonomía del líder del Tercer Reich.

En el texto del documento antes citado, respecto a ese individuo, la CIA —de manera sorprendente— manifestaba que

podría tratarse de Adolf Hitler. A su lado se observa un ignoto personaje, nunca citado en la historia, del que en ese informe se dice que era un alemán, exintegrante de las ss, llamado Philip Citroën. Se trata de una información realmente sugestiva, pero ¿qué podía hacer más de medio siglo después de tomada esa fotografía, aparecida tras su desclasificación por parte de los estadounidenses para avanzar en la búsqueda de la verdad? Con los datos que aportaba esa documentación —escasos, pero muy sugerentes y, por lo tanto, suficientes para motivarme a buscar más pistas— inicié una investigación en Colombia con el objetivo, nada sencillo —por cierto— de encontrar evidencias que me permitieran comprobar que Hitler estuvo alguna vez en esa nación.

El razonamiento era sencillo: si el jefe nazi nunca estuvo en Colombia —a esa altura de mi labor yo sí tenía suficientes elementos de prueba para saber que se había refugiado en Argentina, pero ninguna evidencia respecto a su presencia en dicho país caribeño— la foto sería un fraude. Pero, si realmente podía comprobar que el fundador del nacional-socialismo hubiera estado allí, mi investigación, en la que nunca antes se había contemplado esa posibilidad, tendría un giro imprevisto, ya que sería significativo que un fugitivo de esa envergadura pudiera realizar un viaje tan largo de un extremo de Suramérica, esto es de la austral Patagonia donde residía, al otro, a Colombia, la nación más al norte.

Para los nuevos lectores, aquellos que no han leído mis libros anteriores, seguramente les resultará fantástica la afirmación de que Hitler escapó y vivió en Suramérica. Es lógico que así sea ya que la versión oficial de su suicidio se impuso

al mundo como una verdad absoluta que solo algunos pocos “conspiradores” se animaron a cuestionar. Pero durante mis últimos treinta años de investigación fui desgranando las piezas de esa falsedad urdida por el poder internacional para poner punto final a la historia del nazismo en general y a la de Adolf Hitler en particular. De este modo, al caer el telón sobre los nazis, se dio por terminada toda posibilidad de polemizar sobre qué pasó realmente después de la guerra con los fugitivos, particularmente con los jefes como el Führer, Martin Bormann o Heinrich “Gestapo” Müller, entre otros peces gordos del Tercer Reich que, tras el conflicto bélico, continuaron gozando de buena salud, aunque oficialmente se consideraran como cadáveres.

Ese punto final generó también un denso manto de tinieblas que impidió detectar los acuerdos alcanzados entre los nazis y los estadounidenses, tanto para reciclar expertos y veteranos de guerra y así transferir divisas a Norteamérica; como para formalizar convenios secretos entre los vencedores y los grandes *holdings* alemanas que habían contribuido al esfuerzo bélico de Adolf Hitler. De este modo, el supuesto suicidio fue un gran acontecimiento que permitió cerrar definitivamente la historia de los nazis, los malos de la película. Caído el telón se invisibilizó la trama posterior que los siguió teniendo como protagonistas, esta vez amparados por sus antiguos enemigos, convertidos ahora en sus socios. Este fue el nuevo panorama internacional, ambos bandos unidos para combatir a los soviéticos durante la Guerra Fría y hacer grandes negocios.

Inicialmente, durante mi labor como biógrafo de Hitler en el exilio, me había concentrado en Argentina, donde el Führer

llegó en 1945 junto a su mujer, Eva Braun, y también en Paraguay, país al que se trasladó diez años después porque el gobierno del general Juan Domingo Perón, su anfitrión y protector, fue derrocado por un golpe militar. Comprobar la posible visita de Hitler a Colombia era todo un desafío para mí porque, a diferencia de otros países del continente americano, no existían antecedentes, al menos conocidos públicamente, de nazis que hubieran llegado a esa nación tras la Segunda Guerra Mundial. Esa carencia de datos —constaté que no había libros, artículos periodísticos o documentación académica que se refiriera al tema— era un escollo a superar ya que a priori pensé que, si realmente Hitler hubiera estado en Colombia, debía de haber contado con una red de protección previa tejida por sus antiguos camaradas quienes, también escapados de Europa al terminar el conflicto, en algún momento se habrían establecido en dicho país.

Esta fue una especulación inicial que se convirtió para mí en una hipótesis a ser demostrada y además en una obsesión, ya que no podía dejar de pensar en esos documentos de la CIA y en esa foto tan particular que, por ser una fotocopia, no podía ser sometida a una pericia que permitiera evaluar la imagen con rigor científico. Me preguntaba entonces sí, a pesar de los años transcurridos, en algún lugar del mundo existiría el original de dicha fotografía. Era una duda que me planteaba frecuentemente, aunque no encontraba ninguna pista en ese sentido.

No fue sencillo avanzar. Primero me concentré en estudiar la historia de Colombia y, en particular, la de sus relaciones con Alemania. En ese sentido, resultaba notoria la importancia de

esa nación europea como socia comercial de la latinoamericana durante los años treinta, así como la influencia política que tuvo Berlín en sectores civiles y militares. Esto no era un hecho excepcional ya que, desde fines del siglo XIX, el expansionismo alemán había pergeñado y llevado adelante una estrategia de penetración ideológica cultural y comercial que apuntaba a Suramérica, con lo cual se establecieron fuertes relaciones políticas y mercantiles con prácticamente todos los países de esa zona del planeta.

Respecto a la ideología, caracterizada por un fuerte antisemitismo y por el rechazo a las ideas comunistas, se destacaba la simpatía y admiración de los dirigentes conservadores, los empresarios y oficiales de las fuerzas armadas colombianos por el Tercer Reich. Por presión de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial Colombia se encolumnó detrás de los norteamericanos, y formó parte del bando aliado, tal como lo hicieron la mayoría de los países del continente y de este modo formalmente se convirtió en enemiga de la Alemania nazi. Pero esta circunstancia coyuntural no significó que se rompieran los lazos amistosos, comerciales, financieros e ideológicos entre sectores de poder colombianos y alemanes, circunstancia que permite comprender, en parte, las motivaciones de la corriente migratoria de sajones a ese país tras terminar el conflicto bélico; así como también las razones de la radicación en territorio colombiano de grandes empresas germanas que habían sido claves para Adolf Hitler.

En este último sentido, es de destacar que aquellas compañías de capital alemán, que desde antes de la guerra tenían sucursales en territorio colombiano, luego de 1945 ampliaron

y multiplicaron significativamente sus inversiones y negocios en esa nación que, a mediados de los años cincuenta, fue gobernada por un dictador militar: el general Gustavo Rojas Pinilla.

Después de varias semanas de estudio, al consultar las más variadas fuentes, pude tener en claro aspectos salientes de la historia colombiana, en relación al Tercer Reich, hasta que Alemania se rindió en mayo de 1945. Pero, ¿qué había ocurrido después?, ¿habían llegado fugitivos nazis a Colombia? Estos eran algunos de los interrogantes a contestar al comienzo de mi investigación. En los documentos de la CIA desclasificados también se aporta un dato interesante cuando se indica que el mencionado Citroën opinaba que Hitler ya no podría ser juzgado porque habían transcurrido diez años desde el final de la guerra. ¿Podemos inferir que Citroën expresaba y repetía ante sus ocasionales interlocutores el pensamiento del mismo Hitler?

Hay que recordar que en esa época no existía la actual legislación internacional que impone la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra o de lesa humanidad y que, después del lapso de tiempo que mencionaba Citroën, contado desde la perpetración de un delito, los tribunales quedaban inhibidos de juzgar a los presuntos culpables. Los comentarios de Citroën están registrados en documentos de inteligencia fechados en 1955, cuando efectivamente se habían cumplido diez años de la rendición formal del Tercer Reich. Según la legislación vigente en ese entonces, a partir de ese momento ningún protagonista de la conflagración bélica podía ser acusado por crímenes cometidos durante la Segunda Guerra Mundial que terminó en 1945.

Por otra parte, debe destacarse que nunca existió una causa judicial en contra del Führer, razón por la cual no fue juzgado, ni siquiera procesado, y esto explica por qué estando fugitivo no se emitió una sola orden de captura para detenerlo¹. Gozaba de absoluta impunidad. En cambio, al jerarca nazi Martin Bormann —cuyo paradero era desconocido tras el fin de la guerra— se lo juzgó en ausencia, se lo condenó a muerte y se emitieron órdenes de detención en el Tribunal de Núremberg; inclusive sus fichas dactiloscópicas se enviaron a Argentina para lograr confirmar su identidad en caso de que fuera aprehendido.

Debe señalarse que en la década del cuarenta el tema de la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra era difuso, prácticamente inexistente, en el derecho penal internacional. Mientras se estaban llevando adelante los juicios de Núremberg, la Asamblea General de Naciones Unidas, mediante la Resolución n.º 3 del 13 de febrero de 1946 sobre extradición y castigo de criminales de guerra, les pidió a los estados miembros que:

Se tomen todas las medidas necesarias para que los criminales de guerra que han sido responsables, o han consentido los crímenes de guerra, sean detenidos y enviados a los países donde se han cometido tan abominables actos, para que sean juzgados y castigados de acuerdo a las leyes de esos países².

1 Abel Basti (2016). *El exilio de Hitler*. Buenos Aires: Planeta.

2 La Convención sobre Imprescriptibilidad de Crímenes de Guerra y de Lesa Humanidad fue aprobada recién en 1968 por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Es de notar que mediante esta resolución no se pretendía establecer tribunales internacionales, como el de Núremberg, para los fugitivos que fueran hallados luego de que concluyó ese gran proceso judicial excepcional —implementado especialmente para juzgar a los nazis—³. Es decir que si algún Estado llegaba a solicitar la extradición de Hitler —lo que antes implicaba denunciarlo penalmente, abrir un proceso en su contra, ubicarlo y luego detenerlo—, el Führer debía ser juzgado en el país que lo había reclamado bajo las leyes de esa nación. Pero, tal como se explicó, para ese entonces, en la legislación penal de prácticamente todos los Estados, regía la prescripción de los delitos luego de que hubieran transcurrido diez años de cometidos. Así que aquellas naciones que pretendían juzgar a los nazis, incluyendo a Hitler, corrían contrarreloj ya que tenían ese plazo que les jugaba como una inexorable limitante en el tiempo⁴.

Más allá de estos argumentos y de la jurisprudencia vigente de época, existió, además, una cuestión legal que impediría pensar en juzgar a Hitler: Alemania lo declaró muerto oficialmente, y también a Eva Braun, mediante una resolución del 25 de octubre de 1956, dictada por la comuna

3 El Juicio de Núremberg duró desde el 20 de enero de 1945 hasta el 13 de febrero de 1946.

4 En 1950, la Alemania Federal resolvió aumentar el plazo de prescripción a veinte años, a los que se añadieron diez más en 1969. En otros países que podían reclamar por Hitler, se mantuvo en diez años.

de Berchtesgaden⁵. Conforme al derecho alemán, similar al de otros países, cuando no se encuentra el cadáver de una persona desaparecida se debe realizar una declaración de ausencia y, transcurridos diez años, si no se halló ninguna prueba física, se dicta la declaración de muerte. Así que, hasta 1956, para el Estado alemán Hitler era una persona desaparecida, no un muerto, ya que no se había encontrado su cadáver ni ninguna evidencia de su fallecimiento.

Recién a partir de esta resolución, el Führer, así como su amante, adquirieron la condición de personas fallecidas, y está claro que, a partir de ese momento, no se podría pedir la captura de un muerto. O sea que Hitler tenía una triple garantía legal para su impunidad: si llegaba a ser descubierto en el exilio no tenía ni una sola denuncia en su contra en los estrados tribunalicios. Además, a partir de 1956, formalmente era considerado difunto, condición que inhibe cualquier presentación penal. Por otra parte, a partir de esa fecha, si igual se intentaba iniciar una causa penal en su contra, la misma fracasaría ya que sus crímenes habían prescrito.

Cuando viajé a Colombia por primera vez, en 2017, había estudiado y aprendido parte de la información histórica que me permitía ubicar personajes y hechos históricos en una línea de tiempo y, además, tenía los reveladores documentos desclasificados de la CIA antes mencionados. Por otra parte, al revisar las estadísticas de inmigración colombiana

5 Las actas de defunción labradas en 1956 asentaron oficialmente la muerte de Adolf Hitler el día 30 de abril de 1945 a las 15:30 horas, mientras que a Eva Braun la declararon fallecida el mismo día, dos minutos antes de su marido (a las 15:28 horas).

observé que miles de alemanes habían llegado al país tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y que inclusive, durante algunos años de la década del cincuenta, los germanos ocuparon los primeros puestos en la lista de inmigrantes por nacionalidad. También descubrí que en esa época era posible la llegada de grandes barcos a algunos puertos colombianos que no tenían control migratorio, una práctica habitual para entonces que favorecía a los pasajeros que eran fugitivos.

Otro punto importante a evaluar fue la cantidad de alemanes que, en muchos casos, sin siquiera hablar castellano, ni tener antecedentes laborales, excepto los militares, fueron contratados por empresas radicadas en Colombia. Un caso emblemático es el de Acerías Paz del Río que, en su sección extractiva, que explotaba grandes minas de hierro, llegó a tener ochocientos inmigrantes germanos trabajando en las distintas categorías laborales, desde las más bajas hasta puestos gerenciales. Este es solamente un ejemplo de la inmigración alemana de posguerra, en el marco de una organización que preveía darle trabajo a los hombres arribados a América para así garantizarles una supervivencia digna y una reinserción a un mundo que se estaba transformando dramáticamente en medio de la tensión en aumento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. También fueron reveladoras para mí la correspondencia mantenida entre el obispo austríaco Alois Hudal, el espía alemán Reinhard Kopps —que se radicaría en Argentina con el nombre falso de Juan Maler— y el médico alemán Karl Hans von Kurtz —quien llegó a Colombia después de la guerra—, parte de cuyos textos fueron publicados en mi libro *Hitler en Colombia* (2018),

ya que dichas cartas permiten desentrañar cómo funcionaba la organización de evacuación de nazis hacia América sostenida desde el Vaticano.

En Colombia descubrí la trama de la inmigración alemana después de haber terminado la Segunda Guerra Mundial que, si bien es poco conocida, funcionó de manera similar a la de casi todos los países de América. Con paciencia, al entrevistar personas ancianas y encontrar documentos y fotos, pude armar esa historia que dejaba en evidencia que los nazis habían llegado masivamente a esta nación septentrional de Suramérica, y mantenían estrechos vínculos entre sí, lo que proporcionaba el marco adecuado y también le daba credibilidad al hecho de que, realmente, el Führer alguna vez pudo haber pisado territorio colombiano. Su seguridad estaría garantizada por sus antiguos camaradas y por el gobierno militar de derecha del general Gustavo Rojas Pinilla, amigo del presidente argentino Juan Domingo Perón.

Entonces podemos decir que Colombia no fue una excepción y que, tal como sucedió con todos los países del continente, ese país recibió a nazis que furtivamente escapaban de Europa luego de haber terminado la guerra. Esta migración masiva hacia América era la consecuencia directa de un pacto entre los Estados Unidos y el Tercer Reich, que se concretó antes de que Alemania firmara el armisticio en mayo de 1945. Tal como lo he explicado en libros anteriores, ese acuerdo permitió que miles de germanos cruzaran el océano Atlántico y que Estados Unidos, a cambio de permitir esta migración, recibiera divisas y la tecnología de punta de los alemanes, la cual, con sus diseños de avanzada, superaba en mucho a la de los

estadounidenses. Además, estos ganaban para sus filas hombres bien entrenados, los veteranos nazis, expertos en combatir al enemigo común, el comunismo, que durante esa época se encontraba en franca expansión.

En 1954 se debían cumplir ciertas condiciones de seguridad para que el fundador del nacionalsocialismo pudiera viajar desde Argentina a Colombia y luego regresar —los documentos de inteligencia indican que volvió “cerca de enero de 1955” a territorio argentino— sin que tuviera contratiempo alguno. Este dato, el del retorno a la patria de Perón, consignado en los informes de la CIA, coincide con mi investigación ya que una anciana, Francisca Ojeda, me dijo que ella, como mucama de la residencia patagónica Inalco, ubicada a orillas del majestuoso lago Nahuel Huapi, atendió al máximo jefe nazi durante el verano austral de ese año. Esto podría ser a partir de enero o febrero, durante aproximadamente unos dos meses mientras estuvo alojado allí en compañía de otras personas. Así que Hitler tras salir de Colombia viajó al sur y, de acuerdo a Ojeda, una testigo excepcional que yo entrevisté poco antes de que falleciera, estuvo por un corto tiempo en Inalco, acompañado de Eva Braun. También estaba alojado en la misma residencia con la pareja un matrimonio alemán cuyos dos integrantes eran de menor edad que el jefe nazi —la mucama dijo que “eran más jóvenes” que Hitler, pero no los pudo identificar—, quien para esa época se aprestaba a cumplir 66 años de edad⁶.

Entonces, se puede inferir que los requisitos básicos para que el Führer pudiera viajar a Colombia consistían en la

6 Abel Basti (2019). *La segunda vida de Hitler (1945- ?)*. Buenos Aires: Planeta.

existencia de un pacto de inmunidad a gran escala, acordado inicialmente entre los alemanes y los estadounidenses; un régimen anfitrión que simpatizara con Hitler, como era el del general Rojas Pinilla; y una red de antiguos camaradas que, en combinación con el Gobierno, le garantizaran la protección adecuada en un marco de estricta confidencialidad. Tal como pude descubrir durante mi investigación, en 1954 todas esas condiciones se cumplían y entonces era factible que Hitler hubiese estado en territorio colombiano, como lo consignaron los documentos de la CIA.

Si esto realmente fue así, el gran interrogante que se plantea es: ¿qué fue a hacer Hitler a Colombia? Y en ese contexto se nos presenta otro enigma a resolver: ¿para qué dejarse sacar una foto? No tiene lógica alguna que un hombre que vivía como un fugitivo posara con su característica fisonomía —el famoso bigotito y el clásico jopo peinado hacia el costado, tal como aparece en la fotografía— cuando esa imagen podría ser usada como prueba de que estaba vivo y, en consecuencia, ser la mecha que desencadenara un gran escándalo internacional. A modo de especulación e hipótesis a desarrollar, para intentar contestar ese interrogante, la respuesta que encontré es que, precisamente, esa foto sirviera para demostrar que el Führer gozaba de buena salud. De ser así, ¿quién o quiénes necesitaban semejante prueba de vida?

La totalidad de información que fui obteniendo durante mi pesquisa tras los rastros del máximo jefe nazi, incluyendo los testimonios de varios testigos, la presenté mediante artículos periodísticos y varios libros de investigación. En la medida en que avanzaba en el estudio de la vida de Hitler en

el exilio, mis lectores siempre me consultaban sobre la posibilidad de encontrar y presentar una evidencia fotográfica, un elemento visual contundente que acabara para siempre con cualquier duda y especulación sobre su falsa muerte en el búnker de Berlín en 1945. Un elemento de prueba incuestionable que, además de todos los testigos presentados en mis obras que han dado fe de haber estado con Hitler, permitiera demostrar su sobrevida secreta en un país lejano de Europa, mientras se convencía al mundo de que el Führer se había suicidado. Debido a mis propias investigaciones, especialmente por los relatos de personas que entrevisté, sabía que había fotos de Hitler en Suramérica, pero de ahí a acceder a esas imágenes, y que además se me permitiera hacer una pericia, había una distancia enorme y un dificultoso e intrincado camino que jamás había podido transitar. Sin embargo, nunca desistí del intento de obtener una foto del Führer durante la Guerra Fría, que pudiera ser publicada, para así poder coronar mi investigación con esa prueba regia. La figurita difícil de un álbum casi completo compuesto por documentos, testigos e historias relacionadas.

Conseguir una fotografía de ese tipo no era una tarea sencilla porque en principio me obligaba a descartar toda imagen que pudiera obtener de la web, ya que estas, como todos sabemos, pueden generarse mediante el uso de técnicas en Photoshop. De hecho, hay varias de esas fotos trucadas con un supuesto Hitler después de la guerra circulando en Internet. Por esta razón debía buscar una original, esto es de papel fotográfico antiguo y, de ser posible, también los negativos. Además, como requisito ideal, el encuadre, de preferencia, no podía ser

un primer plano, ya que esa circunstancia generalmente impide saber dónde se tomó, realmente, una foto. Debía, pues, no solo tener la imagen de Hitler, una condición excepcional de por sí, sino que, además, deberían observarse detalles que permitieran verificar el sitio donde se encontraba en ese momento y no solo el lugar, sino que además debía conseguir el dato relacionado con la fecha en la que se tomó la foto. Finalmente, aunque no era una condición indispensable, era importante poder acceder a la historia de esa imagen por las implicancias que puede tener una foto de Hitler vivo después de la fecha de su muerte oficial en 1945. Lo cierto es que me impuse como tarea conseguir, aunque fuera una fotografía con los requisitos antes mencionados y la verdad es que, al principio, me parecía un objetivo casi imposible.

Por años seguí distintas pistas y escuché relatos sobre fotos de Hitler en el exilio, algunos de los cuales se presentan en este libro, pero a pesar del tiempo y el esfuerzo empleado no podía hallar la pieza documental fotográfica que tanto buscaba. Son momentos en los que la ansiedad juega en contra del investigador ya que se produce una tensión interna por no poder conseguir lo que se busca, especialmente cuando se tiene la convicción, tal como la tuve yo a partir de los testimonios, de que esas fotos efectivamente existían. Pero tener una convicción no es tener una prueba y mi tarea consiste en reunir evidencias.

Pasó mucho tiempo y esa codiciada fotografía, eslabón que engarza todas las pruebas anteriores, finalmente apareció. Precisamente el corazón y *leitmotiv* de este libro es una foto sacada a Adolf Hitler, con su consentimiento, en 1954

en la ciudad de Tunja, Colombia. Se trata de la misma fotografía que la CIA fotocopió, pero que, al ser exhibida por esa agencia como una réplica de mala calidad, no se pudo utilizar como evidencia.

Al respecto se debe decir que los informes de dicha central de inteligencia indican que en los años cincuenta del siglo pasado los agentes estadounidenses tuvieron esa foto en sus manos y que pudieron hacer réplicas fotostáticas, pero tuvieron que devolver el original a su dueño, la persona que aparece junto Hitler en la mencionada imagen: Philip Citroën. Respecto a este hombre, en los documentos se indica que es alemán, exintegrante de las ss, datos que, según pude verificar, son falsos, tal como lo veremos más adelante.

Los informes de la CIA son extremadamente interesantes porque explican cuándo y dónde se sacó la foto inédita, lo que ancla los antecedentes respecto al lugar y al año en el que se tomó, un aporte muy relevante a la hora de investigar. Al respecto, se indica que fue tomada en una pensión de lujo llamada Residencia Colonial, en 1954; y como información adicional agrega que junto al supuesto Hitler aparece el mencionado y desconocido Philip Citroën. Durante mi investigación pude acceder a los documentos militares de Citroën durante la Segunda Guerra Mundial y seguí paso a paso su historia posterior —me aseguré de que el hombre realmente existiera y que ese hubiera sido su nombre verdadero—, incluyendo su ingreso a Colombia después de haber terminado la guerra, así como su presencia en la mencionada Residencia Colonial, en la ciudad de Tunja. Para ello busqué y encontré, en los archivos de la Policía de

Investigaciones de Colombia, sus antecedentes, así como su fotografía que pude comparar con la sacada en ese lugar, por lo que llegué a la conclusión que se trata de la misma persona.

Los documentos de la CIA, así como los informes oficiales de Colombia —que no mencionan su pasado militar—, concuerdan respecto al hecho de que Citroën efectivamente estaba en Residencia Colonial cuando se sacó esa foto. Entusiasmado con esos datos en mi haber emprendí la pesquisa para encontrar el original, no tenía idea de dónde hallarlo pues podía estar en cualquier parte del mundo. También era consciente de que podía ser un gran esfuerzo condenado al fracaso: miles de documentos han sido guardados bajo siete vueltas de llaves, tanto por países —bajo el rótulo de Secreto de Estado— como por familias o grupos de poder, por lo que resulta imposible acceder a ellos. Además, otros fueron destruidos para que no se conozca nunca la verdad. Una tarea de estas características tenía un alto porcentaje de probabilidad de no arribar a buen puerto.

No fue una búsqueda sencilla, pero, finalmente, tras meses de investigación, llegué a ubicar el original de la foto, de cartón fotográfico y, como si esto fuera poco, se me permitió que un experto realizara una pericia de la imagen. Fue muy emocionante cuando ese estudio, que demandó varias horas de trabajo en un instituto especializado, arrojó un resultado positivo: la persona de la foto que está junto al ignoto Citroën es realmente Adolf Hitler.

Este libro explica en qué circunstancias y contexto ocurrió este insólito hecho —Hitler posando para una foto como lo

haría cualquier mortal— que permite demostrar que el jefe nazi sobrevivió a la guerra, contrariamente a la versión oficial de su suicidio en 1945. Los datos obtenidos a lo largo de mi pesquisa son, además de inéditos y sorprendentes por lo reveladores que resultan, categóricos y contundentes respecto a la sobrevivencia del máximo jerarca nazi en Suramérica. La contundencia de esta evidencia nos abre varios interrogantes: ¿Qué sectores del poder internacional sabían que el jefe nazi estaba vivo? ¿Por qué razón no lo detuvieron? Si no se lo denunciaba, entonces, ¿se lo protegía? ¿Por qué motivo? Finalmente, si estaba vivo en Suramérica, ¿qué estaba haciendo? ¿Cuál era el rol de Adolf Hitler durante la Guerra Fría? Preguntas temerarias implican razonamientos audaces, elaborados a partir de la nueva información encontrada, para llegar a conclusiones que no dejan de asombrar, sorpresas que a veces superan el mero descubrimiento de un Hitler fugitivo.

En esta obra, al tratar de encontrar respuestas a estas inquietantes preguntas, nos sumergimos en una realidad histórica oculta que ha permanecido desconocida por años, que tiene como actores y cómplices, y por ende encubridores necesarios, a dirigentes políticos, militares, eclesiásticos, empresarios y ¡oh, sorpresa!, reconocidos miembros de las casas reales europeas. ¿Cómo es posible que todos ellos encubrieron a Hitler? ¿Qué causa común o intereses había para no delatarlo? Con este intento revisionista de la historia trato de hacer comprensible que los hechos que nos ocupan, en particular la sobrevivencia de Hitler después de la guerra, son consecuencia de una cascada de sucesos anteriores todos hilvanados entre sí, enmarcados por las gigantescas tragedias

de las dos guerra mundiales que la humanidad padeció, mientras la industria de la armas, así como otros sectores relacionados y los grandes bancos, facturaron millones.

En resumen: el escape de Hitler no es un acontecimiento excepcional de última hora, que ocurrió por la audacia de un hombre desesperado por salvar su propia vida y la de su mujer en una Berlín en llamas. Se trata de una acción planificada, secreta, resultante de una serie de acuerdos y complicidades que, al ser analizados, demuestra esa ligazón que emparentó la política con los negocios. Mejor decirlo en buen romance: los negocios no tienen ideología y, entonces, todo es posible. No es sencillo explicar estas cuestiones, muy intrincadas, por cierto, dada la multiplicidad de vínculos entre los diferentes actores, algunos conocidos y otros ignotos, que pasaron siempre casi desapercibidos para la historia. Lejos de presentar un análisis académico para mostrar esta red internacional, a la que ya me he referido en mis libros, particularmente en *Hitler y el Nuevo Orden Mundial* (2021), aquí solamente presentaré algunos ejemplos que creo que son elocuentes para llegar luego a la médula de esta investigación: la foto de Hitler en el exilio.

¿Dar tantas vueltas para explicar una foto? Sí, es una imagen demasiado importante para limitarnos solo a tratar de comprobar si es verdadera. Si realmente es auténtica, no nos alcanza —aunque son obvias las consecuencias internacionales que ello implica por ser una prueba contundente respecto a la vida de Hitler en el exilio— para comprender el tortuoso río de la historia, con sus afluentes y brazos ocultos, y sus misteriosos meandros. Al irse descorriendo hoy el

velo para encontrar las respuestas adecuadas, con las limitaciones que implica investigar sucesos ocurridos hace casi ochenta años, comienza a aparecer un fabuloso entramado cuyos integrantes tenían como principal motivación acrecentar su poder, transitar un camino seguro hacia el “Nuevo Orden”, y hacer fabulosos negocios cuyos beneficiarios fueron diferentes empresas e industrias como las de las armas. La estructura y la increíble organización montada —participaban firmas norteamericanas y alemanas, entre estas últimas las más poderosas que habían sobrevivido a la guerra— no deja de asombrar, especialmente en la medida en que se van descubriendo datos contundentes que permiten reconstruir la verdad.

Resulta apabullante comprobar que esta red se pudo mover en las sombras en un mundo donde, a partir de 1945, los otrora nazis trabajaban codo a codo con los estadounidenses. El fugitivo Hitler era solamente un actor más, claro que una leyenda viva para sus fanáticos seguidores, en ese mundo cuasisubterráneo, con ramificaciones insospechadas e intereses inescrupulosos que superan todo lo imaginable.

¿Qué estaba haciendo en Tunja el jefe nazi? ¿Por qué fue a Colombia desde Argentina, donde se encontraba a buen recaudo? ¿Qué ocurría en esa nación que podría interesar al mismísimo Führer? Mi hipótesis, presentada en mis libros anteriores, es que durante su exilio siguió de cerca y participó, como socio oculto, del conjunto de grandes negocios de las empresas alemanas que, durante la guerra, habían sido proveedoras y contratistas del Tercer Reich. Durante esos años esto implicó contratos millonarios y una relación muy

cercana entre los dueños de las compañías y el entonces Canciller que regía los destinos de la Alemania nazi. ¿Hasta dónde llegaba esa cercanía? ¿Implicaba el pago de comisiones por estos contratos? (una práctica común a nivel internacional). Es posible que esa relación tan cercana, que podía implicar ganancias compartidas, en forma directa o utilizando testaferros, se mantuviera después de la guerra. Si esto fue así se explicarían las reuniones de Hitler con empresarios y, en particular, su visita a Colombia, en donde se tomó esta foto tan significativa.

En los primeros capítulos de este libro, complementario de *Hitler en Colombia* (2018), se hará un sobrevuelo sobre la historia de los nazis en esa nación sudamericana, luego, se presentarán testimonios sobre la visita de Adolf Hitler a ese país, que conseguí mientras investigaba allí. También se presentarán los casos de otras fotos, en particular, de una que fue sacada en Bolivia y que se publica aquí por primera vez. Finalmente, se analizará la autenticidad de la imagen en la que aparece junto al mencionado Citroën, con los respectivos argumentos que denotan gran pericia profesional, para demostrar que se trata del verdadero Hitler, fotografiado varios años después de su supuesto suicidio en el búnker de Berlín.